

UNA APROXIMACIÓN CRÍTICA A LA FORMACIÓN EN PSICOLOGÍA CLÍNICA DE LA UNLP. EL LUGAR HISTÓRICO DEL PSICOANÁLISIS HACIA 1960

Franco Garritano

Resumen

La historia del psicoanálisis en Argentina tiene su desarrollo propio dentro de los circuitos académicos de formación de grado, y en la Facultad de Psicología de la UNLP posee su despliegue particular. Dentro del área de interés y de la investigación en desarrollo, destinada a articular históricamente las vías de implantación y transmisión del psicoanálisis en la formación profesional, el presente escrito pretende ser un esbozo y un acercamiento a las constelaciones en que la creación de la carrera y sus primeros años de desarrollo se entramaron con las insidiosas pero concretas incursiones del psicoanálisis en los debates disciplinares, ámbitos de formación, y sus efectos en la dimensión académica. Desde años iniciales intensos y diversificados en cuanto a propuestas, debates, luchas y configuraciones teóricas, las tensiones entre formación profesional en psicología y la matriz psicoanalítica lentamente fueron monopolizando el centro de discusión hasta llegar a ciertos sentidos actuales cristalizados que toman tanto a la figura del psicólogo como a la del psicoanalista como una pseudohomologación.

Palabras clave: psicoanálisis, clínica, UNLP, psicología.

El objetivo de este escrito apunta a dilucidar caminos que hayan podido favorecer el afianzamiento de la tradición psicoanalítica como factor hegemónico en la formación profesional nacional y regional.

Al entender al currículum como una producción cultural donde se plasman luchas por promover distintas significaciones del mundo, toda política curricular constituye una política cultural. En este sentido, analizar los distintos contextos de definiciones, elaboración de documentos y prácticas de una facultad puede aportar no solo a la historización de la misma sino a la reflexión crítica contemporánea sobre los modos de transmisión y la formación efectiva. En Argentina se observa que la tradición psicoanalítica continúa fuertemente arraigada en la psicología. Este supuesto tiene su correlato en el nivel de las prácticas, ya que se observa que de los más de 80.000 psicólogos matriculados y actualmente activos, entre el 40% y el 90% se dedica al área clínica (Alonso & Klinar, 2014) y que, a su vez, dentro de ese porcentaje más de la mitad elige el psicoanálisis como orientación teórica predilecta (Muller, 2008). Estos datos hablan del desarrollo particular que el psicoanálisis ha tenido en nuestro país y la gran expansión suscitada desde hace varias décadas. En este sentido, se sigue a Hugo Vezzetti (1996), quien se refiere a la categoría de *recepción* como una apropiación activa que transforma lo recibido, un proceso no meramente reproductivo, sino reconstitutivo de su objeto y emprendedor de un desarrollo y sentido singular en este contexto.

Para el presente escrito, dado que la investigación se encuentra en curso y por la extensión que implicaría intercalar el contexto nacional amplio con las implicancias nodales en La Plata, la propuesta es un recorrido general y esquemático sobre el lugar del psicoanálisis en el contexto intelectual, académico y cultural durante algunas décadas previas hasta la del 60 inclusive. La finalidad apunta a que los lectores y lectoras se aproximen a una visión somera del despliegue de este movimiento en el país y en la carrera (principalmente desde la UNLP) en tanto antecedentes que vislumbran algunos avatares que ha transitado este entrecruzamiento entre formación de grado en psicología y el psicoanálisis, que suele aparecer tan naturalizado y cristalizado en algunas dimensiones de transmisión y enseñanza docente.

En sus primeros años, las carreras de Psicología estuvieron marcadas por orientaciones teóricas y perfiles de graduados muy pluralistas, entrando en discusión muy diversas teorías de la personalidad. En relación con el perfil profesional, se enfatizaba la necesidad de una formación universitaria que capacitara para distintos campos laborales, entre ellos el clínico, laboral y el pedagógico (Monasterio, 1961), mientras se definía a los psicólogos como “especialistas” en los aspectos técnico-científicos de las especialidades propuestas (“psicólogo clínico-laboral” o “psicólogo pedagógico-social”). Era claro para finales de 1950, dentro del mismo contexto en que se creaban las primeras carreras de Psicología¹, que había un consenso bastante extendido entre los fundadores de esas carreras, los psiquiatras y los

psicoanalistas sobre el hecho de que los psicólogos no debían ejercer el psicoanálisis ni recibir formación sistemática en el mismo.

Por otro lado, tiempo antes se había creado la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA)². Se trataba solamente de un núcleo reducido de médicos psiquiatras que atendían a las élites porteñas –aunque llegaría a ser la institución psicoanalítica más importante de Latinoamérica–, sostenido en una corriente fundamentalmente kleiniana, en auge internacionalmente por aquella época. La vinculación entre los psicoanalistas provenientes de la APA y la Universidad se produjo inicialmente en la carrera de Medicina de la UBA y por medio de actividades extracurriculares. No obstante, en los años posteriores la corporación médica no se mostró demasiado receptiva a las ideas freudianas ni al ingreso de los psicoanalistas a las cátedras de la Facultad de Medicina. La aparición notable del psicoanálisis advendría a partir del protagonismo estudiantil, más curioso y receptivo a las ideas metapsicológicas, y con la incorporación de reconocidos psicoanalistas de la APA como docentes a la carrera de Psicología de la UBA, tales como José Bleger, Fernando Ulloa y David Liberman, influenciados por Enrique Pichón-Rivière, quien, a pesar de que nunca ingresó a la Universidad, lograba una notable convocatoria desde su concepción del psicoanálisis y las lecturas propuestas.

En efecto, el primer director de la carrera de Psicología en la UBA, Marcos Victoria, pretendía darle a la carrera una orientación alejada de la clínica y sobre todo del psicoanálisis. Así, algunos miembros de la APA verían resistencias a su ingreso en el circuito académico; tal es el caso de Ángel Garma, que perdería varios concursos para ingresar en Psicología, tanto en la UBA como en la UNLP (Dagfal, 1998). Por otro lado, la jefa inaugural del Departamento de Psicología en la Facultad de Humanidades en UNLP fue Fernanda Monasterio, de fuerte raigambre médica y alejada de todo psicoanálisis. Bajo su mandato ingresaron docentes como Edgardo Rolla, quien era neurocirujano pero a principios de los años cincuenta se había encontrado con el psicoanálisis, convirtiéndose luego en discípulo de Pichón-Rivière y en miembro adherente de APA³. Del mismo modo, para reemplazar a Monasterio en Psicología de la Infancia y de la Adolescencia, apareció Mauricio Knobel, un joven médico especializado en psiquiatría infantil que también iniciaría su formación psicoanalítica –y posteriormente adheriría a esta línea teórica– en la APA. Según el testimonio de la fundadora, en La Plata el psicoanálisis no estaba instaurado hasta que algunos profesores de formación psicoanalítica, tales como Knobel y Rolla, comenzaron a implantar el interés concreto y promover la enseñanza de algunas cuestiones dentro del estudiantado. Se trata de una paradoja dado que la finalidad para la cual habían sido convocados algunos docentes se oponía visiblemente a cualquier aporte del psicoanálisis (Dagfal, 2014).

Pero hacia el final de la carrera, el psicoanálisis se estaba concibiendo como la propuesta “más rica, sistematizada y coherente” (Delucca, 1994) y se había inmiscuido en las materias clínicas. No obstante, el diagnóstico psicológico (con o sin pruebas técnicas), la

administración de test proyectivos, el consejo psicohigiénico y el tratamiento verbal de los conflictos de la personalidad eran aptitudes del psicólogo clínico, al que se lo relegaba únicamente al rol de “colaborador” del médico (Vadura & Fernández, 2016). Se comenzaba a hacer notoria la contraposición entre las inquietudes intelectuales, la efectiva transmisión y las restricciones jurisdiccionales profesionales.

Sería entonces hacia 1964, con la llegada de Luis María Ravagnan a la UNLP, que comenzaría a parecer más viable y explícita la adhesión al psicoanálisis en la formación. Amante e introductor de Maurice Merleau-Ponty en las lecturas académicas, en los programas de las materias a su cargo – “Introducción a la Psicología” y “Estudios de Psicología II”- incorpora bibliografía psicoanalítica tomándola como una teoría psicológica contemporánea desde su lectura atravesada por la tradición filosófica francesa. Del mismo modo, también el método clínico y el psicoanalítico comienzan a aparecer en la enseñanza académica, aunándose con referencias filosóficas francesas como Merleau-Ponty, Jean-Paul Sartre o Jean-François Lyotard (Vadura & Fernández, 2016). Esta fundacional tradición filosófica francesa sigue arraigada en la actualidad, quizás no tanto desde aspectos teóricos o explícitos, pero sí como un sustento que hace de “barrera” al ingreso de concepciones más objetivistas o científicas que se expanden cada vez más en el ámbito europeo –incluso en la propia Francia–, mientras que en nuestro país se mantiene una matriz más filosófica, humanista y social (Prandi, 2013).

Tiempo después, Juan Carlos Pizarro –miembro de la APA, especialista en Rorschach y posterior titular de Psicodiagnóstico– suplantaría a Ravagnan luego de su jubilación. Entonces, para 1966 la carrera de Psicología de la UNLP estaría en manos de Pizarro y el Instituto de Psicología a cargo de Knobel, es decir, un psicoanalista y un psicoterapeuta respectivamente (Dagfal, 2014), anticipando el terreno fértil para la pregnancy psicoanalítica en la transmisión y formación profesional desde una directiva claramente afiliada al psicoanálisis.

Desde las nuevas carreras, en la década del 60 también comenzarían a graduarse nuevos profesionales universitarios, cuyas tareas y campos de trabajo faltaban construirse. Fue una tarea encomendada a los primeros psicólogos enfatizar la búsqueda de las claves de su rol. La limitación legal al ejercicio de la psicoterapia y del psicoanálisis establecía los límites del rol profesional, mientras tanto, por esta época se mantenía cierto consenso en el campo médico que sostenía a la psicoterapia y al diagnóstico como dominios exclusivamente médicos, ajenos a los psicólogos (Klappenbach, 2000).

Pero hacia 1965 se llevó a cabo el Segundo Congreso Argentino de Psicología en San Luis, donde se discutió la cuestión de la legislación del ejercicio profesional de la psicología. Poco antes de este congreso, el presidente de la UNLP, Roberto Ciafardo, había llamado a una comisión mixta entre las Facultades de Medicina y de Humanidades, habiendo llegado a

acuerdos y comunión respecto al psicólogo como el único profesional que recibía formación específica en psicología. Las discusiones posiblemente hubiesen desembocado en algún estatuto legal para los psicólogos, pero en 1966 se produjo el golpe que derrocó a Arturo Illia, instaurando un nuevo sistema dictatorial. A Pizarro le resultó muy llamativo el grado de información y predisposición que algunos profesionales del sector médico habían sostenido en tales encuentros, promoviendo la exclusividad en formación psicológica para los estudiantes de la carrera y las responsabilidades en su labor, mientras que el ejercicio de la psicoterapia seguía siendo un punto de disputa. De cualquier modo, se comenzaba a establecer que la disputa en todo caso no era *disciplinar* (contrapuesta a la *medicina*), sino *legal* en relación a posiciones de privilegio/poder (contrapuesta a *algunos profesionales médicos*).

Por otro lado, sumándose al debate de época centrado en la figura del *psicoanalista* o la de *agente de cambio*, estaba el debate acerca del rol como *psicólogo clínico* o como *psicólogo orientado a otras especializaciones*, donde también el psicoanálisis ocuparía un lugar destacado. En efecto, para la gran mayoría de los actores del momento, el rol del psicólogo podía tener un carácter de *adhesión* al psicoanálisis, es decir, identificarse con el del psicoanalista (como Roberto Harari, Beatriz Grego, Irene Kaumann) o incluir la formación del psicoanálisis (Rodolfo Bohoslavsky, Teresa Calvo, Juana Danis, Ricardo Malfé), *diferenciación* con el psicoanálisis (Antonio Caparrós, Nuria Cortada de Kohan, Plácido Horas), o directamente *negación* del psicoanálisis (Enrique Saforcada). En este sentido, ya sea por *adhesión*, *diferenciación* o *rechazo* (Klappenbach, 2000), el psicoanálisis constituía uno de los ejes principales que articulaba prácticamente todos los debates sobre la función del psicólogo y comenzaba a tomar mayor fuerza en relación con la formación y desempeño profesional.

El psicoanálisis competía con la psiquiatría tradicional en la comprensión y tratamiento de la enfermedad mental, pero rápidamente su demanda se extendió en la sociedad, formando parte de las renovaciones culturales de esa época. En este marco, las recién creadas carreras de Psicología se prestaban como vías para su difusión. El psicoanálisis que ingresó a estas carreras en la década del 60 no respondía a la ortodoxia de corte médico de la APA, sino que estaba atravesado por inquietudes de tipo social que lo hacían más atractivo a los ojos de los alumnos y alumnas. Algunos incluso intentaban hacerlo dialogar con el marxismo a nivel cultural, infundiendo el "freudomarxismo". En tal sentido, cabe señalar que la contradicción entre el papel del psicoanalista y el de agente de cambio era en verdad relativa, ya que la gran mayoría de los partidarios de un rol centrado en la promoción de cambios no excluían categóricamente al psicoanálisis como uno de los fundamentos centrales de tal rol.

Con las actividades prevaletentes de las primeras promociones de graduados, la representación social del psicólogo se afirmó con claridad como la de un profesional de perfil clínico que se desempeñaba habitualmente en el campo de la salud mental. La

identificación del psicólogo con la atención clínica de los padecimientos y conflictos psíquicos, en sus diversas expresiones y tanto a nivel individual como grupal, institucional y comunitario, fue acompañada de un mayor énfasis de la formación en la teoría psicoanalítica y de un menor cultivo de la investigación científica.

En cualquier caso, con el correr de los años la enseñanza del psicoanálisis se iría extendiendo en las carreras de Psicología nacionales, alcanzando un carácter hegemónico al promediar aquella época (Klappenbach, 2000). Con escasas excepciones, hacia finales de la década del 60 ya se observaba una pronunciada hegemonía psicoanalítica. Siguiendo a María Eugenia González y Alejandro Dagfal (2012), es sumamente paradójico que, ya sea porque se creía en una psicología científica no necesariamente centrada en el ámbito clínico (aún reservado a los médicos) o porque se estimaba que los psicólogos tenían que cumplir una función social más ambiciosa, ligada a la prevención, ni los fundadores de las carreras de psicología, ni los médicos, ni aún el mismo Bleger anhelaban que los psicólogos se “convirtieran” en psicoanalistas. Aun así, el destino hacia la coalición entre el rol profesional, el despliegue clínico y el psicoanálisis fue inminente. Trascendiendo impedimentos legales, disputas profesionales con campos disciplinares afines, reservas hegemónicas sobre la transmisión y toda una serie de fragmentaciones, el psicoanálisis fue implantándose en los circuitos académicos desde los aportes docentes, la demanda estudiantil y el despliegue cultural que animaba a tomarlo como fuente de inspiración intelectual, afianzándose cada vez más no solo la vertiente psicoanalítica sino el carácter clínico, que se vería fehacientemente acentuado entre 1970 y 1990.

Conclusiones

Estableciendo el somero recorrido señalado se evidencia cómo no solamente el psicoanálisis constituyó una influencia relevante en la formación universitaria del psicólogo argentino sino que también la Universidad contribuyó al proceso de arraigo de la tradición psicoanalítica en Argentina, generándose un efecto de fortalecimiento mutuo entre ambas disciplinas. A partir de la normalización y reapertura de las carreras de Psicología postdictadura se produjo un fenómeno particular en estos estudios. El auge del “lacanismo” se acompañó de masividad: precisamente cuando se empieza a transmitir más extensamente a Lacan es cuando más estudiantes ingresan a la carrera, en la recuperación democrática. Del mismo modo, la consolidación institucional de la psicología se forjó paralelamente a la adopción del psicoanálisis lacaniano como marco teórico de la mayor parte de las cátedras clínicas (González, 2016).

Esta prevalencia psicoanalítica y clínica (y en gran medida también lacaniana) es una vertebración que articula considerablemente no solo la efectiva transmisión y formación en nuestra facultad, sino que circunscribe una parte del imaginario que circula en torno a

marcar distinciones jerárquicas sobre la relevancia de teorías, corrientes, orientaciones profesionales, desempeños, investigaciones y actividades académicas en general. El camino hacia el desmenuzamiento histórico de focos hegemónicos en la formación profesional y las costumbres cristalizadas puede generar un margen de reflexión y un ímpetu por cuestionarse el alcance y el sentido político de ciertas preponderancias y características que atraviesan nuestra trayectoria académica.

Respecto al sentido de la historización, lejos de atenerse a modalidades y finalidades celebratorias, estáticas o melancólicas sobre la misma, el valor subversivo y transformador de la historia deriva de la posibilidad de generar un impulso hacia la voluntad de conocimiento y, fundamentalmente, una interrogación de las responsabilidades (Vezzetti, 2007).

Notas

- 1- Entre 1954 y 1959 se organizarían las carreras de Psicología en seis universidades nacionales: del Litoral (con sede en Rosario), Buenos Aires, Cuyo (con sede en San Luis) Córdoba, Tucumán y La Plata.
- 2- Fundada en 1942.
- 3- En 1961 se iba a hacer cargo además de la materia Psicología Profunda (posterior Teoría Psicoanalítica).

Referencias bibliográficas

- Alonso, M. & Klinar A. (2016). "Los psicólogos en Argentina. Relevamiento cuantitativo 2015. (Resultados preliminares)". VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología; XXIII Jornada de Investigación; XII Encuentro de Investigadores de Psicología del Mercosur. Secretaría de Investigaciones, Facultad de Psicología, UBA. Buenos Aires, 23-26 de noviembre de 2016.
- Dagfal, A. (2014). "Breve historia de la psicología en la ciudad de La Plata (1906-1966)". *Universitas Psychologica*, 13(5), pp. 1759-1775. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.11144/Javeriana.upsy13-5.bhpc>
- Dagfal, A. (1998). *La creación de la Carrera de Psicología en la Universidad Nacional de La Plata: el pasaje del campo de la educación al predominio de la clínica. El lugar del psicoanálisis (1957-1966)* [informe final de beca de iniciación]. Universidad Nacional de La Plata (INÉDITO).
- Danziger, K. (1984). "Towards a conceptual framework for a critical history of psychology". *Revista de Historia de la Psicología*, 5(1/2), pp. 99-107.
- Delucca, N. (1994). "Palabras de una veterana de la primera promoción de psicólogos a los estudiantes y futuros colegas". *Boletín de la Comisión de Estudiantes de Psicología*. Universidad Nacional de La Plata.
- González, M.E. (2016). "La expansión del psicoanálisis en la Universidad argentina desde mediados del siglo XX: un estudio historiográfico". *Tesis Psicológica*, 11(1), pp. 116-133.
- González, M. E. & Dagfal, A. (2012). "El psicólogo como psicoanalista: problemas de autorización y formación". *Intersecciones Psi*, 2(5), pp. 12-18.
- Klappenbach, H. (2000). "El psicoanálisis en los debates sobre el rol del psicólogo. Argentina, 1960-1975". *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, 2, pp. 191-227.
- Monasterio, F. (1961). *Memorias del Departamento de Psicología*. La Plata. Universidad Nacional de La Plata.
- Muller, F. J. (2008). "Psychotherapy in Argentina: theoretical orientation and clinical practice". *Journal of Psychotherapy Integration*, 18(4), pp. 410-420.
- Prandi, M. (2013) "Psicología y Psicoanálisis: Entrevista a Alejandro Dagfal. Una vuelta sobre sus orígenes en París y Buenos Aires". *Sociedad*, 21. Recuperado de: <http://letraurbana.com/articulos/psicologia-y-psicoanalisis-entrevista-a-alejandro-dagfal/>
- Vadura, N. & Fernández, L. (2016). "De los orígenes naturalistas a las perspectivas humanistas en los programas de Monasterio, Ravagnan y García de Onrubia". En A.

Viguera (coord.) *Historias de la psicología y el psicoanálisis en La Plata (1946-1990)*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, [Libro digital (PDF)]. Recuperado de <https://libros.unlp.edu.ar/index.php/unlp/catalog/download>

Vezzetti, H. (2007). *Conflictos de la memoria en la Argentina. Un estudio histórico de la memoria social*. En A. Pérotin-Dumon (dir.). *Historizar el pasado vivo en América Latina*. Recuperado de: http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es_contenido.php

Vezzetti, H. (1996). *Aventuras de Freud en el país de los argentinos*. Buenos Aires: Paidós.